

Hasta los huesos.

Estefi Vicens



Capítulo 1

Cierro los ojos y vuelvo a esa escena de un sueño que se repite una y otra vez. Si te la cuento abuela, ya no será un fantasma, como cuando era niña y te contaba las pesadillas para no volver a tenerlas ¿Te las quedabas vos?

Entro a tu habitación pisando suave, con las zapatillas de suela de goma apenas apoyadas sobre el granito amarillo lustrado. Me acomodo de costado en la cama ortopédica para que entremos las dos, vos abuela miras para arriba, mientras logras sostener los ojos abiertos. Tu cuerpo casi inmóvil. Aún respiras agitada como hace semanas.

Creo que me escuchas, creo que me entendés. Una cinta hipoalergénica pegada a tu brazo sostiene la bigotera de oxígeno. Vos no llegas a verte, pero el cable transparente con dos boquillas, en uno de sus extremos, da directo a tus fosas nasales y en el otro, la boca más ancha, se conecta a una garrafa que te resopla vida. Ya no intentas arrancarte los cables.

Tu desmejora empezó esa tarde de domingo que, en casa de papá, aprovechaste el sol y saliste al patio a sentarte en el pasto, del resto se encargaron los huesos agujereados de la cadera, que en la resonancia mostraron una cabeza de fémur similar al chocolate aireado. Eso, y los noventa y tres pirulos a los que sumaste días de espera por la prótesis en la clínica, no dieron el buen pronóstico.

Con papá nos turnamos para cuidarte y mamá se encargó de los tramites.

Vos remontabas el humor del último tramo del hilo de un barrilete.

--iVentila la cachufleta!-- me dijiste después de esa noche en la que dormí en una silla a tu lado y estiraba primero una y luego otra de mis piernas con movimientos en zic zac. Las dos nos reímos.

Tu mente, perdida en cualquier tiempo.

--Mamá, mamita acá estoy mamá – balbuceas de a ratos--

Antes de que entres a quirófano lloré al teléfono con mi hermana mayor que no llegó a viajar. Tampoco sé si la hubieras reconocido, o a mí. No sé si te acordás de mí, pero me gusta hablarte. También te escuché a partir de un --ay a ay a ay a-- como tus tonos de quejas por dolor se transformaron en palabras monótonas sostenidas por largos ratos, hasta que te quedaste dormida. Luego acerca de la incomodidad de la chata y el

pudor de que te vean los bellos púbicos.

-- Te amo Ceci, me gusta el color de tu labial – eso si fue clarito, me sorprendiste. No recordaba que me lo hayas dicho alguna otra vez. Acomodé la sabana con la que insistías en destaparte mientras decías:

– Bueno, ¿vamos? — Eran esos ratos donde me devolvías la voz de la abuela de mi niñez.

--Nos tenemos que quedar-- te respondía.

Cuatro horas pasaron de la operación, la resististe y quedaste en terapia intensiva. Esa noche, mis padres y yo nos estábamos yendo a dormir cada uno a su casa, cuando la puerta vaivén dejó de este lado de la sala a una médica cardióloga de guardia:

--No se vayan, escuchen. Son las políticas de cualquier sanatorio, cuando alguien entra en paro tenemos que intentar reanimar y así lo hice. ¡Está bien! en este caso quizás no tendría que haberlo hecho, por su edad, pero así me salió.

Luego de eso seguiste internada unos días más. Te dieron el alta y fue una larga agonía en la habitación de tu casa donde se repite mi escena.

Estoy acostada a tu lado, en la cama ortopédica, agarrándote la mano en mi turno de cuidado. Vos te vas apagando. Pongo mi mano en tu pecho para saber si respiras, más de una vez, y aún estás ahí.

Por esos días, la enfermera de cuidados paliativos empezó a visitarnos. La señora, tan amable, iba explicando en qué momento, de cercanía a la muerte, te encontrabas. Luego de algunas crisis de dolor agudo, nos enseñó a toda la familia a inyectar morfina en la segunda manguera que tenías pegada al brazo, la de suero. Entendí que el efecto era anular la señal de dolor. Esa noche habías tenido otra crisis y yo, entre dudosa y desesperada, inyecte el cable hasta depositar la dosis, y dejar de escucharte gritar. Quise ir al baño, pero no lo hice, porque sentí que respirabas distinto, jadeabas. Tuve el impulso de quitar las sábanas y vi el cuerpo desnudo, delgado hasta los huesos. Reconocí la que eras hoy y noté que tu ritmo ya no era agitado, miré como tu tórax se infló de aire sin llenarte de vida y quedaba detenido en un impase eterno en el que yo también me quedé fijada, con la vista en el ombligo que se pegaba a tu espalda. Te cubrí.

--Voy a estar acá – te dije, me acomodé decúbito dorsal. Apreté un poco tu mano. Inhalé profundo sobre el pelo corto despeinado y ya sin teñir, cerca del cuello, para guardar tu perfume. Sentí como tu respiración cada vez se hizo más lenta hasta desaparecer. Escribí el mensaje en el teléfono

avisando.

Papá estaba estacionando el auto y entró apurado, yo no sabía aún si había leído el mensaje, pero no fue necesario decir nada. Esta noche pedí dormir con vos, no me da miedo tu cuerpo y necesito contarte todo esto. Quiero hablarte por última vez. Pedirte que te lleves mis pesadillas, como cuando era niña y que me dejes tu perfume. Llevate este sueño abuela, llévalo con vos y déjame el perfume de la abuela de mi infancia. Feliz.